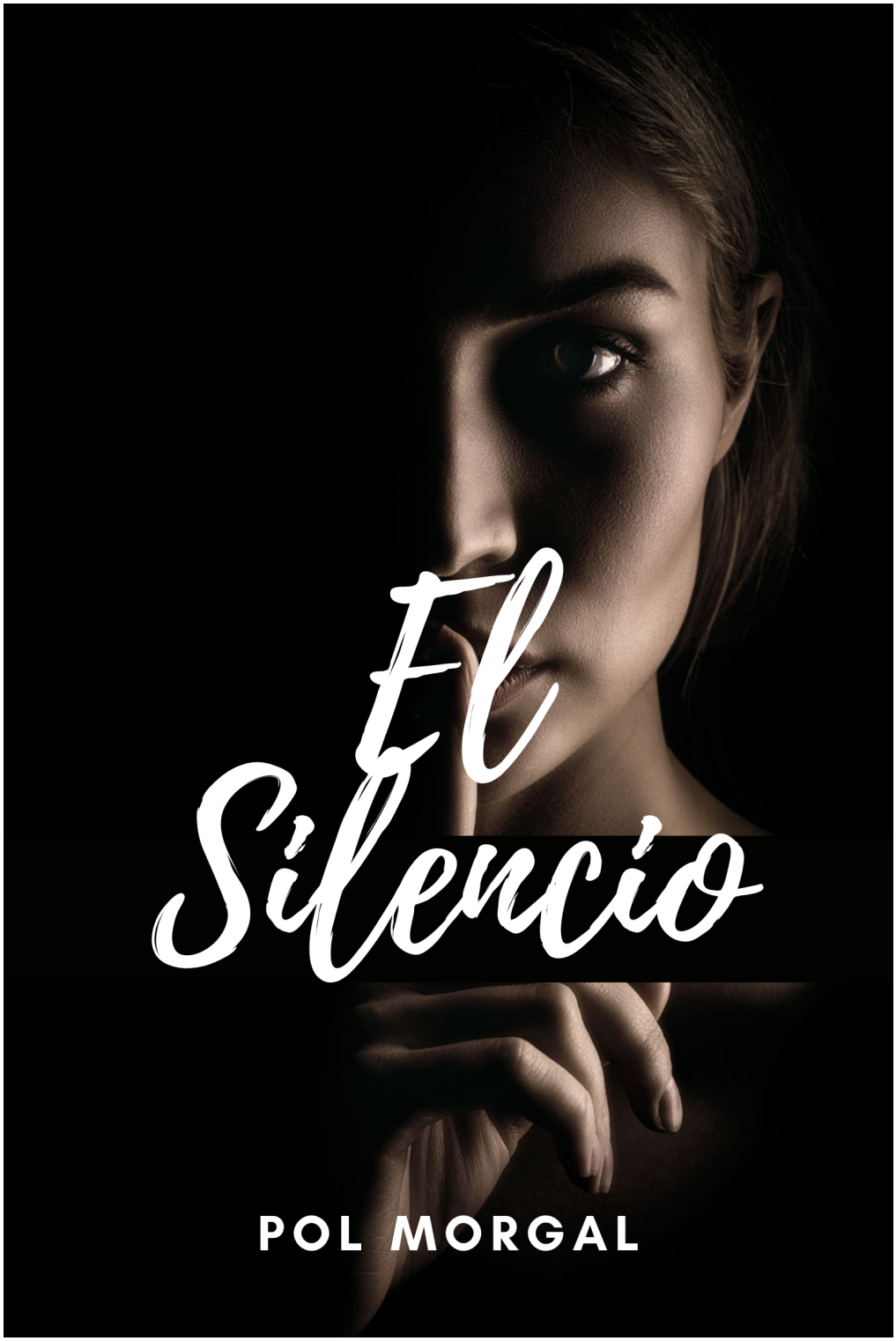
El Silencio.

Pol Morgal



Capítulo 1

En la cima de aquella montaña donde dedicaba largas horas a meditar, en la noche más oscura de enero un hombre se sentó junto a mí con media sonrisa en los labios; los arboles se batían con fuerza anunciando una posible tormenta. Él no me causó sensación de temor, por el contrario la curiosidad se vio reflejada en mí; un hombre de figura juvenil pero con aura de sabiduría. Emanaba un olor a madera y geranios que podría hacer a cualquiera disiparse entre remembranzas.

El lugar en el que me encontraba vibraba emanando magia a su alrededor, era la cima más alta rodeada de pinos tan altos que entre sus ramas se perdían los sonidos majestuosos de la naturaleza, por sus hojas caían eventualmente gotas que lograban filtrarse para refrescar el ambiente, una gota cayó en mi rostro y al retirarla pude notar que se transformaba en una mancha sanguinolenta. El hombre reía mirando atento la sombría y tétrica ciudad, sus ojos se perdían entre luces de autos que avanzaban con premura por las carreteras.

— ¡Qué curioso! ¿No crees? — dijo sin mover la vista de la ciudad — todos viven en burbujas de tareas sin terminar y cosas nuevas por comenzar a hacer; hoy, ya nadie valora el silencio. Representa una amenaza que debe ser llenada, con música y televisión; con tareas absurdas o conversaciones vacías. Pocos son capaces de enfrentarse a él, porque en el silencio nuestros demonios tocan la puerta, no podemos manejar las situaciones que se van formando, experiencias, vivencias e incontables pensamientos retorcidos ganan terreno en nuestra mente.

— ¿Imaginas silenciar todo por unos días? — Lo majestuoso que sería verlos a todos perdiéndose entre intentos de vociferar palabras necias. Volverían a ansiar que las acciones pesaran más que las palabras, intentarían por todos los medios llenar con cosas vanas y superfluas el vacío que sienten.

Yo sin embargo solo me limitaba a mirar con detenimiento su cara. Un rostro de rasgos extra mundanos, facciones definidas y cierto aire de decepción en los ojos; parecía que todo su espíritu solo anhelaba el silencio del que tanto hablaba y yo se lo concedí. Escuché con detenimiento lo que debía decir y mientras él hablaba el tono de la ciudad de tornaba cada vez más frío y menos solemne.

— Solía subir a acá a imaginar lo que cientos de personas podrían estar haciendo en ese determinado momento, ¿Estarán yendo a casa? ¿Alguien espera por ellos? O ¿Son de estos tantos perdidos por las calles sin un lugar donde descansar por las noches? Me causaba envidia, deseaba que alguien también me esperara al volver a casa. — dije examinando las

palmas de mis manos. No deseaba verlo a los ojos.

— Son quiméricos tus pensamientos — dijo — Sería más sensato pensar en los pobres infelices que siguen una rutina sin ilusión, aquellos que cree que su sacrificio será recompensado en algún momento. Los que engañan, mienten, estafan y solo se valen de palabras para convencer a todos a su alrededor, sabiendo que al dormir su almohada estará cargada de culpas, ¿los imaginas lidiando con el silencio?

Reflexionaba sobre el asunto y cuanta verdad tenía; cuando otra gota se abrió paso ente entre las ramas tupidas y en esta oportunidad término en mis manos. Mientras miraba el color ensangrentado de la gota un escalofrío recorrió mi cuerpo.

— ¿Qué hay de los asesinos, de todos aquellos que usan la oscuridad y el silencio para perpetrar sus trastadas; no saldrían beneficiados? — dije aún sin comprender que sentimiento era este que aquel hombre me transmitía.

— ¡Imagina el cometer un crimen y no poderte regocijar de él!, imagina asesinos sin la euforia de escuchar a sus víctimas gritar, ¿en qué acaba el juego de un secuestrador que no puede extorsionar? Ladrones que al finalizar el día no pueden disfrutar de la música llenando el ambiente mientras el alcohol y las drogas se expanden por todo su cuerpo, dime ¿cuánto aguantaría un pendenciero repartiendo golpes sin jactarse de ser más que lo demás? — antes de que pudiese responder el continuó

—O solo dime ¿cuántas noches en vela escuchando nada, enfrentándose a sus demonios creas que logren soportar? Antes de tomar sus propias armas y acabar con sus miserables vidas en un acto sórdido que nadie escuchará — Se advertía la desolación reflejada en sus ojos al ver en lo que se convirtió la humanidad.

En ese preciso instante quise llorar, pero detuve las lágrimas al tocar mis ojos.

— ¡Lo siento! — dije sin pensar.

— Tú no debes disculparte por aquello que no has cometido, la sociedad se han en cargado de enmarcar su fin. Buscan salvar el planeta mientras acaban con la humanidad y demás seres vivientes. — su mirada estaba cansada y su figura encorvada, parecía cargar un peso muy grande sobre sus hombros.

— ¿Cuál es tu nombre?

— Me llamo Gabriel — sus ojos brillaron bajo la luz de la luna. Una gota cayó en su mejilla y él la limpió dejando el rastro, como si una lágrima de

sangre hubiera brotado.

—El tiempo se acaba — dijo viendo la mancha en su mano.

Yo abrí mis ojos y elevé la mirada al cielo.

— ¿El tiempo para qué?

— Para cambiar lo que son o como hacen las cosas. En cuestión de horas podría acabar con todo para iniciar una nueva sociedad, pero no sabría elegir con la premura de la misión que me han encargado a quiénes debo salvar.

— ¿Por qué me lo cuentas a mí?

— Te estado observado, tu mente es pura; puede que hasta algo fantasiosa como ya te lo he dicho. Ves el lado bueno de la sociedad, pero yo quiero enseñarte lo oscura y sombría que puede ser. Porque si tú me lo pides, yo habré de silenciarlo todo para conseguir con ello hacer sucumbir a las almas más débiles.

— ¿Y qué hay de mí? — No sentía temor en medio de tan extraña situación.

— ¿Qué hay de ti? — dijo entornando sus ojos y pasando su dedos entre su largo cabello castaño, sus grandes ojos azules se oscurecieron.

— Sí, ¿Y si yo formo parte de las almas débiles de las que hablas? ¿Habrás de acabar de igual manera conmigo?

— Tú no eres débil Camille, porque si así fuera yo no estaría en este instante contigo.

— ¿Cómo sabes mi nombre? — dije dejando caer mi quijada.

— Porque tú querida Camille, eres la razón por la que me he mostrado.

— Pero…

— Sólo necesito que observes todo a tu alrededor, presta atención a los pequeños detalles y dime si aún después tus quiméricas observaciones siguen siendo las mismas.

Un trueno retumbo en el cielo como un bombo y el sonido de los pájaros inundo el ambiente y yo levanté mi rostro al cielo sin comprender lo que sucedía. Gabriel ya no estaba.

Taciturna me hallaba, cuando el olor a geranios anego todo cerca de mí y una mano toco mi hombro, e incapaz de voltear opté por mis ojos cerrar confiando con firmeza en él.

— Después de observar solo di mi nombre y yo vendré hasta ti. — dijo en un susurro y su cálido aliento recorrió mi cuello haciéndome erizar la piel

— Camille ¿Puedes tú aprender a lidiar con tus propios demonios? — su voz sonó como un eco entre los árboles.

© 2016 Poleth Morgal